





# LAS GUERRAS CULTURALES GLOBALES

# E

n realidad, los treinta años transcurridos desde la caída de la URSS no han sido del todo pacíficos. Se han producido guerras reales pero también guerras culturales que a veces alimentan a las primeras

Las guerras en los Balcanes, en Chechenia, así como las invasiones rusas de Georgia en el 2008 primero y luego del Donbass y Crimea en el 2014, fueron señales claras de que el final de la guerra fría no había traído la paz perpetua a Europa. Desde una perspectiva mundial, la paz ha sido aun más remota: Irak, Afganistán, Siria, Yemen. Ahora bien, desde el punto de vista occidental, centrado en una UE en progresiva expansión, y desde la perspectiva de una sociedad que superaba el desgarrar del telón de acero gracias a la libertad de circulación de las personas y el mercado único comunitario, la *guerra* sí que parecía remota. Las bombas sobre las ciudades ucranianas, la llegada de refugiados a los países europeos y la guerra económica con sanciones y cortes de suministro de gas marcan un punto de inflexión. A finales del 2022, todos lo sabemos: la guerra ha vuelto a Europa.

*El 2022 ha sido un año de 'guerra'. Desde la perspectiva europea occidental, la guerra que Rusia intensificó y desencadenó en todo el territorio de Ucrania a partir del 24 de febrero marca el final de un período de optimismo y paz tras la guerra fría*

KRISTINA STOECKL

*Kristina Stoeckl. Profesora de sociología en la Universidad de Innsbruck (Austria).*

## Un tipo diferente de guerras

Desde la perspectiva de la sociología política, en estos últimos treinta años la *guerra* nunca ha estado realmente ausente de las sociedades occidentales. Se ha tratado de un tipo diferente de guerra, una guerra librada no con medios militares, sino con palabras, símbolos, valores y políticas: una guerra cultural. El sociólogo James Davison Hunter usó el concepto de *culture war* (guerra cultural) para describir el enfrentamiento en el seno de la sociedad estadounidense sobre la familia, el aborto, la educación, el arte o el derecho.<sup>1</sup> Identificó dos bandos, uno conservador y otro progresista. La posición conservadora se basaba en la creencia en el origen trascendente de las leyes e instituciones humanas, no sujetas por tanto a reformas de acuerdo con la voluntad de grupos o individuos. La posición progresista, en cambio, consideraba que esas normas e instituciones eran creaciones humanas y sujetas, por tanto, a reformas de acuerdo con las nuevas realidades culturales y sociales. Los dos bandos discrepaban en muchos asuntos: aborto, homosexualidad, derechos de la mujer, costumbres sexuales, oración en las escuelas y música. 1968 se convirtió en el año emblemático del movimiento progresista. Desde entonces, muchos conservadores han tenido la sensación de estar librando un combate cuesta arriba por sus objetivos. Pero 50 años después, el equilibrio de fuerzas ha cambiado. Asistimos en todo el mundo a un retorno de la



política conservadora de derechos, sobre todo en el ámbito de los derechos sexuales y reproductivos.

Resulta importante reconocer que las guerras culturales no son solo batallas entre la religión y el laicismo. El lugar de la religión en las guerras culturales es más complejo. El enfrentamiento entre los conjuntos de visiones conservadoras y progresistas también tiene lugar en el seno de las comunidades religiosas y da lugar a escisiones dentro de las diferentes tradiciones; en dichas escisiones, un bando abraza la reforma y adapta la enseñanza teológica al signo de los tiempos (hace un *aggiornamento*, en el lenguaje del concilio Vaticano II), y otro se resiste a ese tipo de reforma y cambio. Las guerras culturales también conducen a alianzas inesperadas entre diferentes denominaciones y a nuevos reajustes del panorama religioso-laico. Por ejemplo, los católicos conservadores pueden encontrar más puntos en común con los protestantes, evangélicos y ortodoxos conservadores que con los católicos progresistas e izquierdistas.

No todos los desacuerdos sobre valores y políticas de moralidad equivalen a una guerra cultural. Los actuales conflictos sobre moralidad y valores se originan en tensiones no resueltas (y, en última instancia, irresolubles) de la propia condición moderna. El sociólogo Peter Wagner define la condición moderna como aquella en la que los individuos determinan de modo autónomo y colectivo las normas para organizar sus sociedades: de modo autónomo, porque no hay una visión del mundo única que proporcione un marco general de referencia para todos; y, de modo colectivo, porque las normas deben compartirse.<sup>2</sup> Vista así, la condición moderna nunca es estable, sino que oscila dinámicamente entre la libertad de establecer normas de modo autónomo y la disciplina de

formar parte de una comunidad. Esa tensión constitutiva de la sociedad moderna se halla en la base de toda la política moderna, es el elemento básico de la democracia. ¿Son, pues, inevitables las guerras culturales? No, hace falta algo más para que el antagonismo democrático común se convierta en guerra cultural: la movilización polarizadora.

**Discurso público y movilización**

Las guerras culturales las libran personas: agentes individuales y grupos, movimientos sociales, oenegés, centros de estudios, partidos políticos, iglesias o lobbies. Sus *armas* son el discurso público y la movilización; su objetivo estratégico es influir en la toma de decisiones políticas. Hoy en día, los conflictos centrales en las guerras culturales entre conservadores y progresistas se refieren a cuestiones relacionadas con la sexualidad y el género, la familia, la bioética, la educación y la libertad religiosa. Pero esas cuestiones no siempre han sido las más importantes. Otros conflictos anteriores se refirieron a cuestiones como el control del tabaco, el juego, la caza del zorro, los toros o la prohibición del alcohol. Así pues, si las guerras culturales no parecen estar definidas por *algo* concreto, algo fundamental para la identidad humana como el sexo o la crianza, entonces ¿qué hace que una cuestión sea moralmente controvertida? Las guerras culturales son conflictos sobre la identidad de la sociedad. Lo que se convierte en el punto de cristalización de un conflicto en un momento y lugar determinados depende en última instancia de las circunstancias, pero la cuestión que subyace es la cuestión de la identidad de la sociedad en su conjunto. En el contexto de las sociedades con raíces históricas cristianas, las guerras culturales son en esencia una disputa acerca de si esas sociedades siguen siendo cris-



**El enfrentamiento entre los conjuntos de visiones conservadoras y progresistas va más allá de las batallas entre religión y laicismo, también se da en el seno de las comunidades religiosas**

tianas o se han desplazado definitivamente hacia unos fundamentos poscristianos. En semejante situación, toda toma de posición sobre asuntos como el aborto, los valores familiares o los derechos de género constituye una toma de posición en una disputa simbólica y muy polarizada: para ambos bandos. La cuestión se convierte

en un *a favor o en contra*, un *con nosotros o contra nosotros*.

**Ámbito supranacional**

La disputa polarizadora no se detiene en el ámbito nacional. Los países de la UE han aceptado la Carta de los Derechos Fundamentales de la UE, que prohíbe la discriminación por motivos de orientación sexual e identidad de género. En Europa, los cambios en los marcos jurídicos nacionales suelen producirse a través de las sentencias del Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Para bien y para mal, la política nacional se entrelaza con la política supranacional. En un contexto así, las guerras culturales se vuelven globales. Y también se vuelven globales los grupos que libran guerras culturales: desarrollan vínculos transnacionales y un programa político que ya no solo apunta a la política nacional, sino a las instituciones políticas supranacionales (la UE, el Consejo de Europa, la ONU). Es importante destacar que tanto los movimientos progresistas como los conservadores tienen ese impulso más allá del Estado. Desde la perspectiva de los grupos progresistas, es menos sorprendente: los movimientos pro- >>

1. James Davison Hunter, *Culture wars*, Basic Books, Nueva York, 1991.  
 2. Peter Wagner, *A sociology of modernity: liberty and discipline*, Routledge, Londres, 1994.



» gresistas, como los grupos LGBT+, suelen enfrentarse a una posición de marginación y discriminación dentro de sus sociedades. Por ello, apelan con esperanza a los tribunales supranacionales, a la UE y al régimen internacional de derechos humanos. Los grupos conservadores, en cambio, tienden a afirmar que defienden una cultura nacional. Pero a pesar de centrarse en lo nacional, también los conservadores globalizan las guerras culturales. Establecen conexiones entre países, religiones y fronteras lingüísticas y crean un lenguaje político común.

Un buen ejemplo de la globalización de las guerras culturales por los conservadores es la oenegé española CitizenGo, creada en el 2013 por Ignacio Arsuaga, fundador y director de la oenegé antiabortista Hazte Oír. CitizenGo es una plataforma de campañas en línea que gestiona múltiples páginas web en diferentes idiomas: inglés, español, francés, portugués, italiano, alemán, polaco, croata, húngaro, holandés y eslovaco. El sitio en ruso fue cerrado en primavera del 2022, presumiblemente para ocultar la conexión del grupo con socios rusos tras la invasión de Ucrania. Las campañas abordan temas diferentes: aborto, matrimonio entre personas del mismo sexo, derechos de los transexuales, derechos reproductivos, libertad religiosa. La plataforma publica dos tipos de artículos y peticiones: los que se traducen y se publican en todos los sitios web, y los que solo existen en un idioma y están orientados a un contexto nacional específico. La plataforma CitizenGo combina contenidos transnacionales y nacionales, e introduce activamente contenido nacional en el ámbito transnacional (y viceversa) traduciendo y difundiendo campañas por encima de fronteras y contextos lingüísticos. Un reciente informe de investigación analiza el papel de Ci-

**Tras las protestas de Maidán en el 2014, la propaganda rusa ha presentado a Ucrania como "prohomosexual", lo que se relacionó con la aspiración ucraniana de obtener el estatus de país candidato a la UE**

izenGo en África y sus vínculos con Rusia.<sup>3</sup> CitizenGo constituye un excelente ejemplo de cómo una oenegé nacional católica conservadora se convierte en transnacional y transconfesional, y dirige su mensaje por igual a conservadores católicos, protestantes, evangélicos y ortodoxos.

**Rusia y los valores tradicionales**

De hecho, Rusia se ha convertido en uno de los principales impulsores de las guerras culturales mundiales.<sup>4</sup> La Rusia de Putin se ha presentado como defensora mundial de los "valores tradicionales" y ha promovido un programa conservador en su política exterior y en el ámbito nacional. La prohibición de la información sobre temas LGBT del 2012 (la ley Contra la Propaganda Homosexual) tuvo como propósito principal restringir la libertad de expresión dentro de Rusia, pero le valió a ese país la reputación de defensor de los valores familiares, la admiración de los conservadores de Occidente y la emulación por parte de Hungría, que adoptó una ley similar. La Iglesia ortodoxa rusa ha sintonizado con un discurso de valores tradicionales que no se distingue del conservadurismo moral de los evangélicos estadounidenses o los católicos conservadores. Los agentes ortodoxos rusos denuncian la existencia de una "ideología LGBT" extranjera, organizan concentraciones de protesta en favor de la familia tradicional y se vinculan con redes transnacionales como CitizenGo. El discurso de la guerra cultural se ha convertido en un poderoso marco ideológico para que los dirigentes políticos y religiosos surquen el camino de la transición poscomunis-

ta: el comunismo fue malo, pero el liberalismo –tal es el mensaje de los conservadores de Europa central y oriental y de Rusia– no es una alternativa. Treinta años después del final de la guerra fría, las guerras culturales globales crean nuevas divisiones.

Tales guerras también se han convertido en un pretexto para la invasión de Ucrania. El patriarca Cirilo citó los "desfiles homosexuales" para justificar la guerra. En un sermón (2/III/2022), dijo: "Hoy en el Donbass hay un rechazo a los supuestos valores ofrecidos por quienes reclaman el poder mundial. Hoy estamos ante una prueba de lealtad a ese nuevo orden mundial, una especie de pase a ese mundo *feliz*, el mundo del consumismo desenfrenado, el mundo de la falsa *libertad*. La prueba es sencilla y al mismo tiempo terrible: se trata de un desfile del orgullo homosexual. Las peticiones hechas a muchos de organizar un desfile homosexual son una prueba de su lealtad al nuevo orden mundial". El argumento era: Rusia ha tenido que invadir y bombardear Ucrania para salvar a los ucranianos de caer en los valores occidentales.

**Ucrania y Occidente**

Tras la revuelta Maidán en el 2014, la propaganda rusa ha presentado a Ucrania como "prohomosexual". Esa consideración se relacionó con la aspiración ucraniana de ingresar en la UE, una institución que se basa en tratados e instrumentos legislativos vinculantes para todos los estados miembros y para los países que aspiran a candidatos. Entre esos instrumentos se halla la directiva 2000/78/CE, que establece un marco general para la igualdad de trato en el empleo y la ocupación. Dicha directiva establece la prohibición de la discriminación directa o indirecta por motivos de religión o convicciones, discapacidad, edad u orientación sexual. Por



lo tanto, la aspiración europeísta de Ucrania incluía la aprobación de esa directiva comunitaria, que prohíbe la discriminación de las personas homosexuales en el trabajo. La directiva no impone la obligación de celebrar desfiles homosexuales (no hay ninguna ley semejante en la UE). A pesar de ello, la directiva fue muy polémica en Ucrania. En el 2015, la exención de visado a los ciudadanos ucranianos para entrar en la UE se condicionó a la aprobación de la directiva 2000/78/CE. La mayoría de los partidos del Parlamento se opuso inicialmente a la ratificación, y los conservadores argumentaron que aquello llevaría a la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo. La ley solo fue aceptada tras la tercera lectura. Ucrania también está entre los países que no han ratificado el Convenio de Estambul contra la violencia doméstica, que fue objeto de controversia debido al concepto de *género* usado en el documento. La población ucraniana se muestra mayoritariamente escéptica a la hora de conceder derechos a las personas homosexuales. Las encuestas muestran que solo un 14% de la población apoya esos derechos explícitos.

Por lo tanto, el patriarca Cirilo no solo repite un estereotipo convertido en habitual en los medios de comunicación rusos, sino que exagera, demoniza y tergiversa intencionalmente un debate real existente en la política ucraniana. En el discurso ruso, Rusia representa: tradicionalismo, religión, heterosexualidad, crecimiento demográfico y, de modo paradójico, democracia. Se afirma que Europa representa los valores liberales, el laicismo, la homosexualidad, el declive demográfico y, en lugar de democracia, un lobby homosexual. En otras palabras, la propaganda rusa, ha creado una geografía de valores donde la orientación de Ucrania hacia la UE es un

camino a la condenación y donde la única salvación está en el Este, junto a Rusia. Las justificaciones rusas de la guerra presentan a Ucrania como un campo de batalla en el que chocan dos sistemas de valores incompatibles: Rusia y Occidente. La imagen es poderosa y abrumadora. Pero es errónea: la sociedad ucraniana no solo se caracteriza por muchos de los valores tradicionales que Rusia quiere defender, también intenta combinarlos con una identidad política democrática.

La caricatura de Occidente y los valores occidentales difundida por los medios rusos y las palabras del patriarca ortodoxo no es específicamente rusa. Las mismas opiniones son expresadas por la derecha en Occidente. Muchos cristianos conservadores de Occidente no se sienten cómodos con los avances de derechos y libertades individuales que ponen en entredicho los roles de género y los cánones de moralidad establecidos. Sin embargo, es probable que solo unos pocos piensen que los conflictos morales deben combatirse con las armas.

Las guerras culturales entre valores progresistas y conservadores han dominado el panorama político mundial durante muchos años, sobre todo en EE.UU. La división y la contestación política entre una visión progresista, individualista y por ello más heterogénea de la sociedad y una interpretación de la sociedad conservadora, comunitaria y tradicionalista en términos religiosos constituye una realidad en todas las sociedades democráticas contemporáneas. En la última década, Rusia ha logrado ser identificada como defensora del conservadurismo. La derecha política de Italia, España, Hungría, Alemania, Austria y Francia ha reconocido el papel de Rusia en ese ámbito y algunos han entrado en contacto directo con la Iglesia ortodoxa rusa para promover sus



**El discurso ruso afirma que Europa representa los valores liberales, el laicismo, la homosexualidad, el declive demográfico y, en lugar de democracia, un lobby homosexual**

ideas acerca de la familia tradicionalista. En otras palabras, Rusia ha adquirido un lugar y un papel en las guerras culturales mundiales.

**Conclusión**

Los conflictos y las tensiones entre valores progresistas y conservadores son una realidad en las sociedades contemporáneas,

que son laicas, móviles y (debido también a la inmigración) cada vez más heterogéneas. Los conflictos de valores son normales en tales circunstancias, y las instituciones democráticas están para equilibrarlos. Equilibrar no es fácil y no siempre es posible. Todo equilibrio democrático es precario. Requiere resiliencia y altos niveles de tolerancia de los ciudadanos, porque no permite soluciones maximalistas. Rusia, en cambio, reprime el pluralismo de opiniones y ofrece un modelo de poder político autoritario, culturalmente homogéneo y dictatorial. Se presenta como el *otro* de Europa. La derecha política europea se ha visto atraída, al menos en parte, por esa imagen. La guerra de Ucrania puede cambiar la fascinación por Rusia en tanto que defensora de la Europa cristiana frente a los valores liberales. Dado que las divisiones sobre los valores y libertades de las sociedades contemporáneas seguirán poniendo a prueba el orden democrático, el ataque de Rusia a Ucrania debe servir de advertencia de que las guerras culturales pueden convertirse en guerras reales. |||

3. Jasper Jackson *et al.*, "Unholy Alliance: The Far-Right Religious Network Attacking Reproductive and LGBTQ+ Rights", *The Bureau of Investigative Journalism*, 25/IX/2022.  
 4. K. Stoeckl y Dmitry Uzlaner, *Moralist International. Russia in the Global Culture Wars*, Fordham Univ. Press, Nueva York, 2022.